

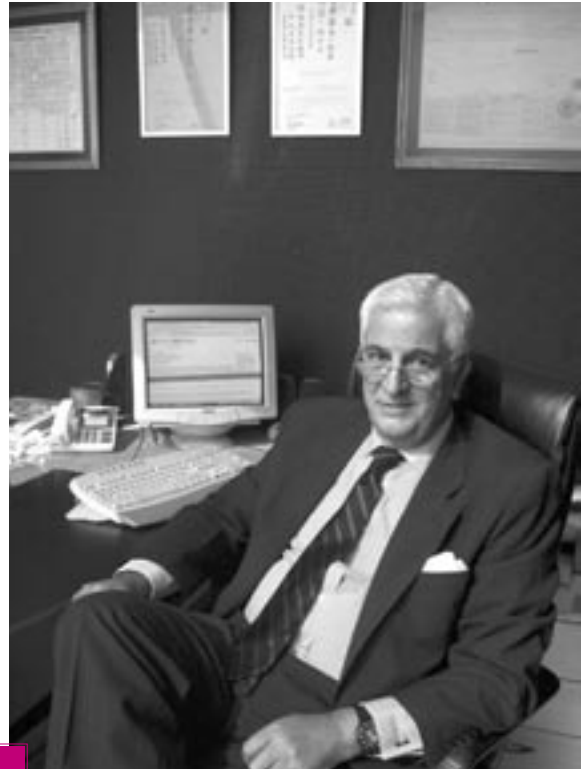
ARGENTINA PIERDE IMAGEN, POR AUSENCIA DE POLÍTICA EXTERIOR

El patológico “manejo” de nuestra política exterior por parte de la administración de Néstor Kirchner ha resultado -hasta ahora, al menos- inusualmente adverso (y caro) para la imagen externa de la República Argentina. En nuestra región, por cierto, y -lamentablemente- también más allá de ella. Esto no solamente es opinión, sino que es lo que uno inevitablemente recoge, como realidad, al recorrer el mundo. Paso a paso. Hemos perdido presencia, peso, y gravitación; cedido espacios; generado desconfianzas y -peor- todo tipo de enemistades (aún con nuestros vecinos más queridos); olvidado el estilo; caído en la inconducta; sumado toda suerte de rarezas y descortesías; y acumulado fuertes desaciertos, de toda índole.

Si pocos se animan a afirmarlo, es presumiblemente por el clima de intimidación e intolerancia en el que vivimos, donde aquél que disiente públicamente es, de una manera u otra, perseguido, denostado o demonizado por sus ideas u opiniones, lo que es grave.

El último episodio que evidencia la existencia de la situación apuntada es el de la escandalosa “decapitación” de la diputada Alarcón, la que me exime de mayores comentarios. De la inolvidable “gestión” del ex-Canciller Rafael Bielsa, al comienzo del mandato de Néstor Kirchner, nos hemos ocupado desde estas mismas columnas y, realmente, no vale la pena gastar más tiempo en la que fuera, en nuestra opinión, una de las peores gestiones externas de toda nuestra historia como país. Aunque lo cierto es que, a cada rato, tenemos frustrantes “recordatorios”. Mal que nos pese. Como cuando, al enterarnos de la asunción de René Préval como nuevo Presidente de Haití, nos viene inevitablemente a la memoria la incumplida “promesa” -hecha pícaro y desaprensivamente en suelo haitiano- del entonces ufano Bielsa de que la Argentina habría de comprar “preferencialmente” a ese paupérrimo país lo que él pudiera exportar a la Argentina. Pero aquí, desde que la nada fue en esto la realidad, más allá de las palabras, a las que, como tantas veces “se las llevó el viento”.

Las cosas, sin embargo, no han mejorado mayormente nada después de la convulsionada -y obligada- salida de Rafael Bielsa del Palacio San Martín.



En rigor, hasta parecen haber empeorado.

Quizás, porque ya es obvio que Néstor Kirchner es un auténtico “adicto” al “micro-management”, incapaz de confiar en nadie que no sea de su propio riñón, ni delegar nada.

De allí que también haya “tomado” para sí la conducción de la política exterior, personalmente. Sin demasiado conocimiento de cómo realmente funciona el mundo. O, peor, con una visión equivocada de la realidad y de los actores, que él -no obstante- cree acertada, simplemente porque es la propia. Y así nos va. Pese a que sus múltiples corifeos se apresuren, tras cada periplo, a definir inexorablemente todo lo hecho en el exterior como “un gran triunfo”, o “un viaje muy positivo”, o “un éxito resonante”, cuando la realidad es muy otra y la imagen externa de nuestra administración sigue siendo lamentable.

No podemos olvidar, por ejemplo, la intempestiva sugerencia hecha por el propio Kirchner de incluir al pseudo “bolivariano” Hugo Chávez en el seno del MERCOSUR, que derivó (como ex-ante cabía suponer) en su inexorable demolición y, peor aún, en el jaque (no mate) de Chávez a Lula en su pretensión de “liderazgo” de la región.

Hoy, según acaba de confirmar David Lehmann, el Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge, en un excelente editorial del “Financial Times”, la mayoría de los gobiernos occidentales ve a Chávez como “irritativo y hasta como una potencial amenaza a la seguridad internacional”. No es poco. Esto porque Chávez, “su discípulo Evo Morales, el recientemente electo Presidente de Bolivia, y otros latinoamericanos que puedan seguirlo son enemigos de las democracias liberales”. Y existe ciertamente aquello de “dime con quien andas”. Tanto, que muchos creen (y no sin sus razones) que Argentina ya está entre esos “otros” a los que se refiere Lehmann, cual “junior partner”. Lo que no me consta y no ayuda, ciertamente. Pero es así.

Mientras tanto, Hugo Chávez, como también nos recuerda Lehmann, suscribe, de cuando en cuando, demagógicamente, algunos bonos de la deuda argentina, para increíblemente proceder a “revolearlos” enseguida en el “mercado” -con enormes ganancias generadas por diferencias de cambio- utilizando para ello a sus “bancos locales favoritos”. El “tufillo” a corrupción es, en esto, demasiado fuerte como para poder ignorarlo.

Kirchner y la “Cumbre” de Viena

Tomemos un ejemplo, el más reciente. El del viaje del Presidente y su numerosa y devota comitiva a Viena, para asistir a la Cumbre entre los Jefes de Estado de la Unión Europea y los de América Latina y el Caribe.

El tema central era el de tratar de resucitar las prolongadas, aunque moribundas, negociaciones para materializar un esquema de libre comercio entre ambas regiones. Ese, y no otro. Con temas incluidos que son gruesos, como el del proteccionismo agrícola europeo que tanto daño ha acumulado sobre nuestros hombros. Y una negociación, en el ámbito de la Organización Mundial del Comercio que está, cuanto menos, empantanada y en serio peligro de fracasar también ella.

Que había materia para conversar, está claro. Si es que se puede conversar entre casi sesenta Jefes de Estado, aunque alguno de ellos -como Chávez- se empeñe (con abierta descortesía)

en no asistir a aquellas reuniones en las que no puede acaparar la palabra. Este fue el caso de la cena de apertura y la ceremonia de cierre, cuyo protocolo es inevitablemente rígido. Esta era nada menos que la cuarta vez que los Jefes de Estado de ambos bloques regionales se encontraban. Con magros resultados siempre, hasta ahora, más allá del inevitable, pero no poco importante, conocerse mejor y poder determinar o confirmar “quien es quien”. Medida en función de logros, la reunión de Viena, más allá de la opinión de los propios involucrados, fracasó. Porque, en verdad, fue prácticamente nada. Frustrando las expectativas de casi mil millones de personas allí representadas, con un peso relativo equivalente a la cuarta parte del PBI mundial. En materia comercial, específicamente, absolutamente nada.

Respecto de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) -de la que acaba de anunciar su retiro, aún no materializado, Venezuela, como “castigo” propinado al Perú y Colombia que “osaron” firmar un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos como parte de una tarea de demolición de los acuerdos de integración de la región desde que Chávez pretende una “integración económica ideológica”, esto es, socialista- se decidió “entablar un proceso conducente a la negociación de un acuerdo de asociación en el que las reuniones del caso deberán celebrarse antes del 20 de Julio”. En palabras más sencillas: se acordó tan solo empezar a negociar. Con fecha fija, ciertamente, por insistencia del Presidente Toledo, que no quiere dejar las cosas como están, es decir: flotando alegremente.

Respecto de los países centroamericanos, que tienen acuerdos de libre comercio suscriptos con los Estados Unidos, la decisión adoptada fue la de “entablar negociaciones relativas a un acuerdo de asociación”. En este caso, sin fecha. Una declamación, entonces. Una más.

Respecto del MERCOSUR, a mi modo de ver: también nada. En efecto, solo se acordó que se daba “mandato a los negociadores para que intensifiquen sus esfuerzos con el fin de avanzar en el proceso de negociación”. Ese mandato ya lo tenían. Un vacío como resultado, cuando era una oportunidad de oro para tratar de acercar posiciones, aún cuando todo está, en los hechos, paradójicamente sujeto al resultado de la Rueda Doha.

Nuestro propio papel

¿Que dijo Argentina? Poco. En rigor, de espaldas al tema central de la reunión puso el acento en el tema de las papeleras, o sea en su fea disputa con Uruguay y, extrañamente para algunos, además en la necesidad de reformar el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, tema que está más que congelado, en un ámbito totalmente distinto, al que pertenece. Nuestro Presidente eligió hablar “de otra cosa”. De lo que nadie le había ciertamente pedido que hablara. De lo que se le dio la gana, en síntesis. Esta rara actitud no es novedosa. Le pasa, curiosamente, cada vez que llega a las Cumbres. Cuando la Cumbre de las Naciones Unidas, en lugar de dedicarle todo el tiempo a contribuir seriamente a las discusiones vinculadas con la reforma de la organización, que era la razón de ser de esa Cumbre, se centró -ante el asombro de propios y ajenos- en la necesidad de reformar el Fondo Monetario Internacional. Otra vez, en un ámbito que nada que ver. Raro, pero histórico. Desconcertante, además. Y poco conducente al diálogo que nos es propuesto por lo demás.

Cuando no importa el resultado

Pero volvamos al resultado concreto de la Cumbre de Viena. Nada, en materia comercial, la cuestión central, según quedó visto. Aunque, como es habitual, se suscribió -con la pompa inútil del caso- una “Declaración de Viena”, que muy pocos leerán y menos recordarán. En ella aparecieron los típicos “lugares comunes” y “expresiones de deseo” de siempre: la necesidad de luchar contra el terrorismo; la cuestión del narcotráfico; la necesidad de colaborar en el sector energético; la urgencia de la lucha contra la pobreza; los varios dramas a resolver en el escenario migratorio; y, desde luego, la necesidad de generar más reuniones, más periplos, más encuentros en el exterior, más gastos en pasajes y viáticos, más contactos, exteriorizada en la convocatoria a futuras reuniones conjuntas entre los parlamentarios europeos y los numerosos que aportarán los varios parlamentos “regionales” de nuestra América Latina.

Dos universos en mal estado

Esto no debe sorprender a nadie. Ambas partes en torno a la mesa de reuniones atraviesan un momento de profundas divisiones.

La Unión Europea sigue extraviada, sin siquiera poder acordar una Constitución común. Sus principales líderes están débiles. Sus naciones centrales, divididas ideológicamente, casi por la mitad. Hay hombres como Chirac, jaqueados políticamente, con un futuro que luce muy incierto. Otros como Blair y Rodríguez Zapatero que han perdido la popularidad que hasta no hace mucho tenían y enfrentan lo que aparece como el inevitable final de sus respectivos ciclos. También algunos como la Merkel y Prodi, recién llegados, que encabezan coaliciones frágiles, con las que parece imposible poder gobernar bien por un período razonable de tiempo.

Pese a todo, Europa tiene, con sus más y con sus menos, una “visión” común. No cuestiona la democracia, ni la libertad. Ni genera líderes autoritarios, ni populistas. Ni sueña con regresiones a un pasado marxista, que ya no tiene espacio, ni cabida.

América Latina, por su parte, apareció tal cual está. Dividida en campos muy diferentes, con visiones diametralmente opuestas.

Por una parte, Chile y México, con un presente del que pueden estar orgullosos. Y tras ellos, también con inclinación a las economías de mercado y a la apertura; con apego al Estado de Derecho; con instituciones republicanas, respeto generalizado a la ley y jueces independientes; y con una mentalidad que los muestra dispuestos a tomar riesgos en un mundo globalizado, con la autoestima y confianza que para ello se requiere, aparecen Colombia, Perú, Paraguay y Uruguay.

Por otra parte están Venezuela y su actual “ad-láter”, la Bolivia de un Evo Morales que ha tenido la temeridad de afirmar que “Chávez no es mi tutor, es tutor del pueblo boliviano”, con lo que muchos bolivianos seguramente están en total desacuerdo y, quizás, Ecuador. Con la vulgaridad como parte de un “estilo”; la intimidación y la amenaza como instrumentos según descripción del diario español “El País”; y la falta de respeto como constante, están promoviendo la presunta “refundación” de sus respectivos países. A su entero gusto y paladar, por supuesto. Y con esquemas y filosofías autoritarias e in-

tolerantes, lo que desgraciadamente alimenta inquietudes en materia de paz y seguridad. En nuestra región y fuera de ella, atento la identidad de pareceres que hoy existe entre ellos, Cuba, e Irán.

Como consecuencia de esto, en Viena se presenciaron, a la vista de todos, algunos curiosos episodios, que no nos hicieron bien, como conjunto. Bolivia se dio el lujo de acusar criminalmente a dos grandes empresas de España y del Brasil, humillando gratuitamente a ambos países; el Presidente del Perú saludó al de Bolivia, para encontrarse luego con un comentario insultante de éste referido a su saludo, que lo calificó de “payaso”; el poco civil Chávez se refirió, una vez más, al Presidente Fox, de México, como a un “cachorro del Imperio”, quién -educado, en cambio- alertó acerca de lo que era más que obvio en Viena: los peligros del autoritarismo y del populismo, fenómenos ambos que crecen vertiginosamente en nuestra región y espantan a los inversores; y Kirchner y Vázquez, en actitud por lo menos inmadura, que casi no se saludaron y, por la forma en que lo hicieron, quizás habría hasta sido preferible que no lo hicieran.

Todo lamentable, y a la luz del día y a la vista del mundo. Duro, pero sirvió para que nadie en más se equivoque respecto de “quien es quien” y de quien está parado donde, lo que siempre es útil.

Estos sucesos quedarán seguramente como confirmación de la aplicación de un peligroso “estilo” nuevo que se expande en América Latina. Por ahora con pocos cultores, pero con obvia capacidad de contagio: el de la prepotencia; de los desplantes e insolencias a la manera del fascismo; de la falta de la más elemental educación; y la vulgaridad el desparpajo como constantes. Ese “estilo” no es único. Hay otros notorios cultores en otras partes del mundo, pero ellos tiene una imagen propia: me refiero a Corea del Norte, Cuba, Irán, Myanmar, Siria y Sudán, a la manera de ejemplos. Todos, de un modo u otro, generan una importante cuota de rechazo, como es notorio. Esto olvida, por supuesto, la tesis del Profesor de Harvard, Joseph Nye, que nos ha dicho, hasta el cansancio, que la reputación moral de un país es, en rigor, un activo tangible, que puede actuar positiva o negativamente respecto de su imagen. Este es el “poder blando”, que crece cuando una nación es capaz de mostrarse al mundo como atractiva y se reduce cuando su conducta y discurso son generadores en repulsión.

Del dicho al hecho

No obstante, las cosas son a veces distintas cuando de la declamación se baja al plano de las realidades cotidianas.

Como muestra, el propio Evo Morales (que viaja en aviones venezolanos rodeado de guardaespaldas del mismo origen, todo provisto por Chávez) debió, después de insultar gratuitamente a las empresas españolas que trabajan y generan empleo en su país, aceptar sus errores y rectificarlos específicamente, respondiendo a un pedido de Rodríguez Zapatero. Y lo hizo. Por escrito.

Como consecuencia, debió aceptar expresamente, en una carta delicada que entregó al Premier español, dos “requisitos” previos para negociar con Repsol-YPF:

(i) el de “discreción”, que supone que durante las negociaciones evitará las “declaraciones públicas” que puedan condicionar o ser utilizadas para afectar los intereses de las partes, lo que supone negociar con un marco de tranquilidad mínima, evitando las presiones que se hacen a través de los medios, como las que se han utilizado recientemente en nuestra región; y

(ii) el de la “buena fe”, en función de lo cual Bolivia se comprometió a no adoptar posiciones de total falta de respeto, como aquellas que se sintetizan en frases como: “esto o nada”, o “lo toma o lo deja”, también conocidas en la región. Porque ellas son, en esencia, todo lo contrario a una negociación; son una imposición, lo que es radicalmente distinto. Ellas, cabe acotar, dejan huellas profundas y espantan a los inversores. Ese es, precisamente, su gran “costo”, el que se proyecta en el tiempo y genera una cascada de desconfianza, difícil de interrumpir.

España parece estar intentando (o haber aprendido) a reaccionar contra la prepotencia. Pero es todavía temprano para concluir que ha encontrado la fórmula que la inmuniza frente a ella. Porque cuando del otro lado hay autoritarismo y populismo, las cosas se complican siempre. Ni que decir cuando a ello se suma la desfachatez. Y las consecuencias de esas “conductas” se proyectan inevitablemente en la historia, con un daño quizás invisible al principio, pero tangible a medida que el tiempo transcurre.

Dificultades relacionales

Europa, absorta, mostró lo que ya sabíamos. Que su integración es ciertamente solidaria hacia “adentro”, pero implacable hacia “afuera”.

Por esto su proteccionismo agrícola sigue dañando a nuestra región mientras ellos continúan impertérritos. Como si les importara realmente poco.

Nosotros, está meridianamente claro, mostramos en cambio “lo nuestro”. Esto es, que hay -entre los latinoamericanos- algunos gobiernos y países que son confiables y actúan como tales y otros que no lo son tanto.

Porque quedó evidente que hay algunos que comprenden la importancia del diálogo y las actitudes civilizadas y quienes, en cambio, creen no equivocarse y tener todas las respuestas, como si eso fuera factible. Y por ello no están dispuestos a escuchar y, además, tienen -encima- una incómoda propensión a agredir a quienes no piensan como ellos.

Y finalmente hay también quienes, de cara a la vieja Europa, no entienden bien porque están donde están; ni donde están parados, ni cuales son los problemas; y -lo que es más serio- llenos de resentimientos que no han conseguido superar, no tienen demasiada certeza de que es lo que, ante las opciones, efectivamente quieren hacer. Lo que es asimismo lamentable. Y nos obliga a recordar aquello de Bernard Shaw, cuando dijo “el hombre razonable se adapta al mundo, el irrazonable -en cambio- insiste en tratar de adaptar el mundo a su propia visión. Por esto, el progreso -de algún modo- depende de los irrazonables”. ■

El Director